

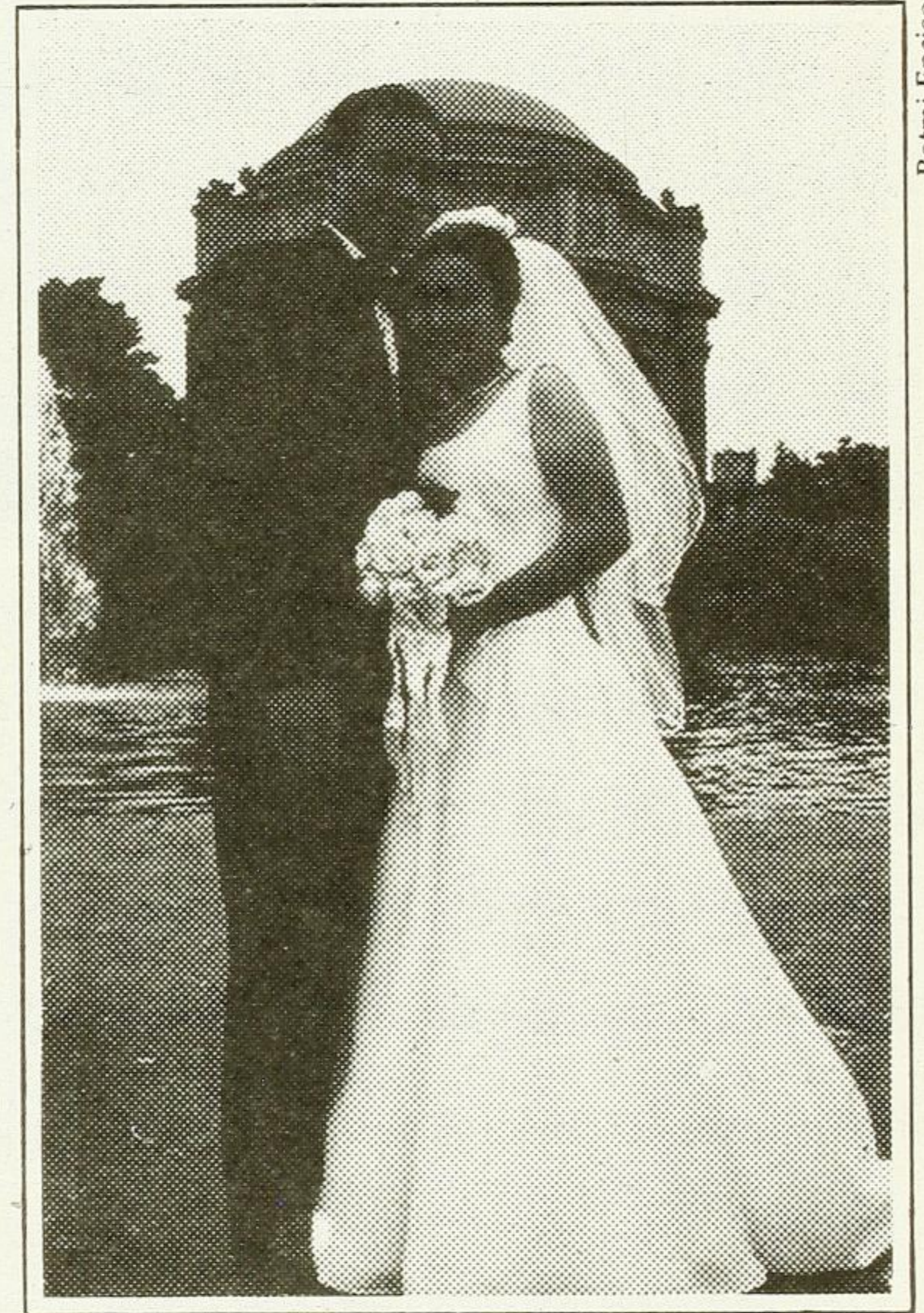
Querido Diario:

Marcela Guijosa

Pues ya por fin salimos del compromiso. Me saboreo de antemano los días de descanso que vienen. Quedé tan cansada que espero en Dios que durante algunos años no tenga que preparar otra boda.

Aunque la verdad es que ésta, la boda de Tomás y Coni, salió preciosa. Y también la verdad es que aunque me cansé mucho con tanto preparativo, disfruté enormemente todo, desde varios meses antes.

Yo nunca había organizado un evento de tantos invitados. Pero así quisieron los novios: una super-reunión con toda la familia y todos los cuates. Rápidamente me apalabré con mi futura consuegra y nos repartimos el quehacer. Ella –y Coni, la novia– organizaron la comida propiamente dicha: tacos buenísimos cocinados y servidos *in situ*. Tomás –el novio– dijo que él se encargaba de la música –sonido, bocinas, discos. Yo hablé con mi amiga Elena quien, generosa como siempre, me prestó su casa de Tepepan que incluye el jardín más divino que te imagines. Y así, como quien no quiere la cosa, se fue acomodando todo. Y cuando digo acomodando digo dones y regalos: generosidad de todas mis gentes actuando de emisarias de la Divina Providencia. Ya no voy a poner nombres porque luego algunos(as) se apenan y me regañan. Pero esos nombres todos están grabados en mi corazón para siempre. Unos(as) se cayeron con el chupe; otros(as) cooperaron para pagar el alquiler de la carpa, sillas, mesas, tenedores, platos y el conjunto jarocho. Estos(as) donaron los arreglitos florales de las mesas, aquéllos(as) diseñaron e imprimieron y regalaron las invitaciones y tomaron fotos de primera calidad; otros(as) ayudaron enorme-



Rotmi Enciso

mente con su trabajo desde varios días antes y el propio día de la fiesta. Dios los bendiga a todos y a todas y les dé más.

Y yo como loca. Qué de detalles tienes que tener en cuenta. Claro que no me medí: decidí que como estaban tan calurosos los días, por qué no dábamos de botana pepinos, jícamas, naranjas –para el tequila o las chelas– todo con su limón y su sal y su chile piquín. Evidentemente, esto presentó algunos problemas. Y entonces, una de las personas generosas que no pongo su nombre porque se apena y/o se enoja, me ayudó a pensar cómo le haríamos y la pobre, además de las otras ochocientas cosas en las que me ayudó, tuvo que ir dos días antes de la fiesta a buscar sesenta cazuelitas en

el mercado para poner la salecita y el chilito. Y de las prisas de pelar y picar cientos de pepinos y jícamas y partir miles de limones el mero día en la mañana, mejor ni hablamos. Dios bendiga a mis tres ayudantes en ese trance.

Difíciles fueron algunas decisiones. ¿Invitamos a mis primos de Toluca? ¿A los de San Luis? ¿A mis queridas amigas fulanas y menganas? No. Qué doloroso. Tuvimos que ceñirnos a la gente más más familiar y cercana. Yo hubiera querido como treinta invitados míos extras. Pero no contaba con lo enormes que son las familias y lo enorme que es la chaviza. Y ellos eran los novios, no yo. Ni modo. Después, ¿cómo formamos las mesas? ¿A quién sentamos con quién? Las diseñamos por edades, por familias, por intereses. Y lo más padre es que tanto trabajo para nada: aunque al principio respetaron los letreritos, finalmente todo mundo se sentó donde se le pegó la gana. Cual debe.

Los días habían estado preciosos, incluso con mucho calor. Compramos miles de cervezas. Un día antes, el jardín, a las diez de la mañana, brillaba el sol, de flores, de mariposas y pajaritos que cantaban. Ya en la tarde su puso feíto, con aire y una ligera llovizna, pero yo todavía esperaba que se compusiera.

El sábado también amaneció azul y soleado. Y, por supuesto, a pesar de los veintidós cuchillos enterrados entre las flores, a la hora de comer el cielo se oscureció e inmediatamente cayó tremendo chubasco, acompañado de ráfagas de viento helado. Pero no se nos aguó la fiesta. Bendita carpa, y bendita inventiva del señor Juan, uno de mis ayudantes, que consiguió unos mecatitos y construyó pequeños techos anexos para los de los tacos y los de las bebidas. Nos apretujamos un poco y gracias al calor de la gente la lluvia nos hizo lo que el viento a Juárez.

Bailamos, bebimos, comimos, nos la pasamos de maravilla. Fue una reunión llena de cariño, de risas, de abrazos. Los novios lucieron guapísimos y creo que disfrutaron enormemente la fiesta. Eso es lo que más me importaba. Claro



que, por añadidura, yo también la disfruté muchísimo: ya nomás de ver a Coqui y a Isaura y a Marta bailar sevillanas, por ejemplo, o a los chamacos de dos-tres años bailando revueltos con los abuelitos, era más que suficiente para dar gracias a Dios.

Y de los sentimientos de mi corazón, qué decir. Hay una pequeña tristeza por mi hijito lindo (qué cosa tan chula) que se me va. Pero no mucha. Ya se me había empezado a ir: trabajaba todo el día en la calle y muchos de sus tiempos libres se los pasaba con Coni. La maravilla es que a Coni la quiero muchísimo. De veras siento los amores aumentados, la famosa hija más, aunque suene tan trillado. Me gusta la suegrez; no me avejenta, sino que me rejuvenece, me alegra. Hasta yo misma me sorprendo pero no tengo sentimientos de pérdida. Pura ganancia. Y aunque piensan irse a estudiar al extranjero, tampoco me da dolor. Me da mucha felicidad. Sí tengo, confieso, una como preocupación que más bien podría ser deseo de que les vaya bien, de que su matrimonio sea padrísimo, de que se agüanten, de que construyan una relación sólida, profunda, eterna.

También yo creo que por eso estoy tan contenta. Porque sí los veo que se quieren bien, respetuosa y profundamente. Eso de ver de novio a mi hijo, eso de ver a los dos pichoncitos enamorados, eso de ver a unos jóvenes que se quieren casar, que con espíritu nuevo quieren intentar el viaje juntos, me encanta y me conmueve. Su esperanza me llena de esperanza. Los dos son niños –perdón, jóvenes adultos– muy buenos y responsables. Y siento en ellos, como diría Mariana, esa buena vibra. Una vibra de sí querer comprometerse con la vida, con el otro, consigo mismos.

Ahorita están muy felices en Zihuatanejo. Qué envidia. Yo desde aquí, hoy y todos los días, pienso en ellos y les mando todas mis bendiciones. Que Dios Nuestro Señor y la Virgencita de Guadalupe me los cuiden siempre. Y que su vida futura sea como la fiesta: que a pesar de algunos nubarrones y aguaceros, esté llena de risas, de música, de cariño, de abrazos, de gente querida. Amén. 